

## LOS APARATOS BUROCRÁTICOS DEL LATINOAMERICANISMO NORTEAMERICANO

Benita Sampedro Vizcaya

Mi contribución apunta a reiterar la difícil encrucijada en la que –en opinión de muchos– se encuentra el sistema académico norteamericano en estos momentos, un sistema que de tanto perseguir los dictados de la economía de mercado, parece haber perdido dirección y haber dejado tocadas a su paso las bases mismas de la educación, ahora percibida y ofrecida como una transacción y una mercadería. Dentro de este entramado burocrático ¿qué lugar ocupan entonces los estudios sobre Latinoamérica, desde las diversas disciplinas, en tanto que área y objeto de investigación? Mi respuesta es que, a menudo, poco menos que un no-lugar institucional. Queda por ver qué resortes críticos, históricos e ideológicos se puedan activar en el campo, capaces de ofrecernos otras respuestas, así como alguna salida de la encrucijada en su conjunto.

Sarah Kendzior, una antropóloga que recién estrena su doctorado de la Universidad de Washington en St. Louis, reflexionaba hace apenas unos meses en la sección de opinión del periódico *Aljazeera*<sup>1</sup> sobre el estado de la profesión y las expectativas de empleo dentro de la academia en los Estados Unidos. Según la página web de la asociación norteamericana de antropología, vivimos en una época en que “el significado y el lugar de las diferencias, tanto intelectual como moralmente, ha sido reordenado”<sup>2</sup>. Lo cierto es que el profesorado académico en los últimos años ha sido víctima de las prácticas de explotación más extremas del sistema neoliberal. Las estadísticas de los sindicatos en estos momentos deberían ser motivo de alarma: un 67% (o sea, algo más de dos tercios) del personal docente universitario ejerce su labor

con un contrato parcial –típicamente por un período de cuatro meses— que puede ser o no ser renovado al concluir el mismo; este profesorado no dispone de beneficios laborales ni de cobertura médica, y trabaja en condiciones de extrema precariedad.<sup>3</sup> Es el llamado contingente de profesores adjuntos, profesores temporeros podríamos decir, los jornaleros del sistema. Esto, en principio, no es distintivo de las profesiones académicas, pero la situación de los llamados adjuntos debería ser causa de profunda preocupación para el común de la ciudadanía, y no sólo porque es el grueso de los adjuntos y profesores temporales los que están formando a la juventud estadounidense de esta generación, sino porque el problema de los adjuntos es emblemático de una tendencia generalizada en el sistema norteamericano de empleo, como reitera Kendzior. En realidad en los últimos años hemos asistido al fin de una era en la que la educación universitaria servía todavía como instrumento para el ascenso personal y abría un abanico de oportunidades para la sociedad en general. Pareciera que en el sistema actual ya sólo una minoría privilegiada sigue disfrutando de sus prebendas de antaño. Para todos aquellos (o sea, para el grueso de la población) para los que la educación y las carreras universitarias fueron un día un camino para salir de la pobreza se han convertido hoy en un camino hacia la pobreza. No cabe duda de que aquellos valores prevalentes en la educación en el contexto de la post-segunda guerra mundial se han desvanecido con el fin del siglo XX.<sup>4</sup>

Del conocido blog en contextos laborales universitarios *The Homeless Adjunct* (El profesor adjunto sin techo, sin casa), destaco una entrada que podría ser fácilmente el título de una intrigante y sugestiva novela negra: “How the American University was Killed, in Five Easy Steps” (“Cómo la universidad norteamericana ha sido asesinada, en cinco pasos fáciles”).<sup>5</sup> Según los autores del mismo, en los años 50 el slogan era el de “universidad para todos”; llegaron los años 60 y las universidades se transformaron en una olla a punto de ebullición del debate político público y el centro de esos debates que llevaban la política al público se gestó fundamentalmente desde las disciplinas de las humanidades (la filosofía, la antropología, la literatura, las lenguas y culturas extranjeras, la sociología, la geografía, la música, y las religiones del mundo). La drástica reducción de fondos destinados a la universidad pública fue posteriormente el primer paso hacia el desmantelamiento y la corporativización del sistema. Aquí entraba también la política de decidir qué materias había que recortar y cuáles había que mantener y, de alguna manera,

---

se gestaba de una manera definitiva la confrontación entre las humanidades y las ciencias. No fue difícil concluir que las humanidades en su conjunto, a las que después de los años 70 y 80 había que sumar nuevas disciplinas como los estudios de género, y los estudios de área o regionales, fueron consideradas como prescindibles, porque no ofrecían las “destrezas prácticas” necesarias para el mercado laboral de la industria, el corporativismo y los proyectos del desarrollismo capitalista. En ese punto se produce definitivamente la escisión entre la educación vocacional y las humanidades, aunque en realidad se trata de una escisión mucho más radical y de fondo: la escisión entre la educación vocacional y la educación universitaria misma, que se ha caracterizado siempre por el rigor intelectual y el desarrollo del pensamiento crítico, o sea, todo aquello que la sociedad neoliberal y sus reencarnaciones póstumas – como la crisis del presente— considera sus vecinos incómodos, sus enemigos.

La desprofesionalización, el empobrecimiento progresivo y la degradación (tanto en su imagen pública y social como en sus circunstancias más tangibles) de la figura del profesor universitario fue uno de los daños colaterales más evidentes en este proceso. Del millón setecientos mil profesores universitarios registrados en la academia estadounidense en estos momentos, incluyendo todos sus niveles,<sup>6</sup> un millón son trabajadores temporales o no fijos, en condiciones no sólo de precariedad in extremis sino de pobreza in extremis: son la fuerza laboral que hace girar la rueda del molino de cada institución universitaria, pero son invisibles para la institución misma. Su invisibilidad más palpable es el no-lugar que ocupan en el campus: carecen de despachos propios, ni digamos la vieja convención de que sus nombres figuren impresos en las puertas de los mismos, no aparecen listados en las páginas web de los departamentos bajo la sección de “faculty”, son institucionalmente anónimos, sus cursos se anuncian en los catálogos universitarios como TBA (to be announced), o sea, pendiente de confirmación, hasta el día mismo que comienza la clase. Un joven profesor, colega mío en la universidad de Hofstra y con un contrato no permanente se preguntaba con elocuencia e indignación hace poco: “¿cuándo les hemos entregado las llaves del reino?”. Se refería a la pléyade de administradores grises que desde sus despachos del campus gobiernan hoy en día las instituciones universitarias. En efecto, el número total de administradores en prácticamente todas las instituciones supera ahora al de profesores. Se trata de una emergente clase burocrática, a menudo con una formación académica

---

media (o sea, inferior a la del profesorado) y poca o ninguna experiencia en la investigación, pero con salarios y beneficios que doblan los de los profesores más consagrados. Cuando se trata de los niveles administrativos más altos (presidentes, rectores, vice-rectores, sus consejeros y abogados, jefes de finanzas, decanos, etc.), los salarios y lujos que acompañan al puesto son para sonrojarse a veces.<sup>7</sup> Y sin embargo, son estos funcionarios los que desde sus despachos toman diariamente decisiones corporativas sobre el curriculum académico y el ritmo intelectual de la institución para la que trabajan. ¿Cómo? Naturalmente en base a principios económicos, de mercadotecnia y de modas institucionales, pues éstas son las destrezas que mejor manejan y que su puesto como ejecutivos de la academia demanda. En este sentido, la disminución del profesorado contratado fijo en los campus universitarios –y su reemplazo masivo por los adjuntos– es otra de las manipulaciones malévolas y perversas (a priori o a posteriori) de las que este nuevo cuerpo administrativo se sirve para reducir a cero el poder de gestión y de toma de decisión del profesorado, sustituyendo así de manera muy conveniente los procesos dialógicos de la llamada “shared governance” (o gestión compartida) por un nuevo método de gestión universitaria impositivo y verticalizado: las decisiones vienen de arriba, de la clase ejecutiva universitaria, hacia abajo. Un libro reciente de Benjamin Ginsberg, titulado *The Fall of the Faculty. The Rise of the All-Administrative University and Why it Matters*, (Oxford UP, 2011) apunta justamente a este cambio en el sistema de gobernanza universitaria y alerta de sus peligros. La devaluación de la educación, y de la figura del profesor, de manera simbólica y efectiva, se produce también cuando la redistribución del capital institucional dentro de la universidad pasa ahora de las manos del profesorado (las columnas vertebrales del sistema mismo) a las de esta nueva clase ejecutiva que la gobierna.

La cultura académica corporativa supedita por ejemplo, en los programas de lenguas y culturas extranjeras, eminentemente el español (para ir al caso concreto que nos incumbe), a un ejército de profesores temporales mal pagados, haciéndolos piezas de un engranaje cuyo modelo se asemeja más al de una factoría, o al de la industria de la cocina rápida, que al de la enseñanza universitaria misma. Todo ello puede –y debe– considerarse parte de un proyecto conservador mucho más amplio en el que a los alumnos ya se les llama clientes, y los profesores son contratados como trabajadores dependientes, cuatrimestre a cuatrimestre, con retribuciones y condiciones

---

laborales inferiores a las del salario mínimo interprofesional. Observamos cómo la academia norteamericana va siendo reemplazada por la nueva educadora, que además crea expectativas en los alumnos que luego resultan ser demolevemente falsas cuando obtienen su titulación y se encuentran de frente con la dureza de una realidad para la que no estaban crítica y analíticamente preparados. Michael Holquist, en una reciente valoración del estado de la profesión y el papel del profesorado para una publicación del *Modern Languages Association* concluye con ironía que hemos llegado a un punto de degradación cualitativa tal que “the ivory tower is really a co-op”,<sup>8</sup> (la torre de marfil es ya sólo una cooperativa de apartamentos). La clase política estadounidense, y sobre todo en la fase frenética de campaña electoral, ha capitalizado hasta la náusea la separación entre la llamada Wall Street y Main Street; este otro cliché tiene ahora, naturalmente, su doblete en las nuevas clases institucionales del sistema universitario al uso.

En un artículo de inspirado título publicado en la revista digital *Fronterad*, “¿Puedo madrugar a un narco? Posiciones críticas en la Asociación de Estudios Latinoamericanos”,<sup>9</sup> Alberto Moreiras diserta sobre el desempeño de la ‘industria’ de los estudios latinoamericanos en los departamentos de lengua, literatura y cultura hispánica en Estados Unidos hoy en día y habla, como es de esperar, de crisis discursiva en el campo a juzgar por el escaparate en donde muchos de estos discursos se delinearán o se exhiben: la reunión anual de la asociación de estudios latinoamericanos (otro ejemplo de práctica corporativa –dicho sea de paso– dentro de las convenciones académicas ya asimiladas). El que sigue es el recorrido que traza por la historia reciente de la práctica disciplinaria del campo: “A principios de los noventa se juntaban en LASA<sup>10</sup> ciertas condiciones que iban a resultar muy productivas: por un lado la emergencia de una generación latinoamericanista bien formada teóricamente, cosmopolita, y apartada de las viejas piedades identitarias y excepcionalistas. (...). La caída del muro de Berlín, el desmantelamiento de la Unión Soviética y el cierre de las guerras civiles en América Central planteaban preguntas importantes y urgentes para la izquierda que imponían la necesidad de pensar nuevas respuestas. (...). Eran buenos años para el mundo académico: había mucho que pensar, como siempre hay, pero esta vez parecía que los problemas venían ya con instrucciones de pensamiento, y así teníamos una tarea concreta por hacer, y podíamos hacerla”. Por este entonces la literatura deja de tener un papel central de representación cultural y se expande significativamente

---

el concepto de texto para englobar diversas categorías que relatan mejor la complejidad de la condición latinoamericana (biculturalismo y bilingüismo, racismo, superposición de legados culturales eurocéntricos y autóctonos, diferentes formas de transmisión de conocimiento, etc.). Se trata de lo que Moreiras describe como “los años de fundación de algo que parecía una nueva distribución del saber, un nuevo campo de lo sensible, y así nació lo que retrospectivamente puede llamarse Estudios Culturales Latinoamericanos”. Pero aquellos proyectos de los años noventa fracasaron unos tras otros, y aún acabaron enfrentando a los diferentes sectores dentro del campo, si bien a la hora del balance se podría afirmar que la crítica resultó productiva, y surgieron variadas propuestas desde ángulos marxistas, feministas, de tendencia identitaria, el testimonio, o los estudios subalternos, entre otras.

La discusión en y sobre América Latina a partir de la década del 2.000, sin embargo, se hizo más candente que nunca; las condiciones políticas eran en parte novedosas y propicias para el diálogo atropellado. Por un lado surge una irrupción democrática declaradamente antineoliberal en varios de los países, una tendencia a la nacionalización, una serie de gobiernos afines a la llamada revolución bolivariana (cada uno con sus peculiaridades), nuevas alianzas sur-sur para confrontar el llamado “imperialismo del norte”, un Brasil que amenaza con elevarse como potencia emergente en el hemisferio, nuevos alineamientos globales,...; por otro lado quedan las evidencias palpables de que no todos los fenómenos son nuevos: Honduras o Paraguay como paradigmas de estados democráticos que a duras penas se sostienen como tales y que en cualquier momento se convierten en títeres al servicio de la vieja oligarquía terrateniente ahora en alianza con nuevos entes del capital global, el apogeo de la industria extractiva que guarda enormes similitudes con la clásica acumulación primitiva más característica de las fases imperiales, el narco-estado mexicano que amenaza las bases mismas del poder, una frontera México-Estados Unidos cada día más porosa que va camino de alterar las bases de la sociedad norteamericana de forma radical en pocas décadas más,... Ante este panorama tan rico y diverso en lo social y lo político, en realidad, lo que está en juego es la posible constitución o reconstitución de un proyecto crítico para el campo del Latinoamericanismo que pueda aglutinar diversas tendencias teóricas, frente a una máquina de guerra institucional y burocráticamente bien pertrechada de la academia norteamericana. Se trataría no de una crítica del conocimiento sino de una

---

ideología capaz de proponer rearticulaciones políticas e intelectuales de hondo calado, lo que algunos han comenzado a denominar, en sentido amplio, como teoría política, caracterizada por una renovada voluntad de articular un planteamiento teórico a caballo entre la exégesis política y social y la crítica del conocimiento, y en el que conceptos como el de posthegemonía figurarían en la base del nuevo entramado desde el que pensar colectivamente el campo.

En fases de austeridad y crisis económica como la del presente parece existir una tendencia natural, un impulso, sin duda más práctico que racional, a recordar y añorar glorias pasadas (ya sea en la configuración de un área disciplinaria concreta o en la concepción fundamental de las bases del sistema universitario). Este impulso suele ir acompañado de un intento por recuperar lo que ya existía y funcionaba, al tiempo que se manifiesta una actitud reacia a crear algo nuevo, y un marcado negativismo frente al presente. Parece lógico, sin embargo, suponer que la crisis (económica, del sistema educativo, disciplinaria) debería servir como propulsora en busca de nuevos caminos críticos, debería propiciar una fundamentada autocrítica, y ser capaz de gestar nuevos contextos y espacios para el diálogo, desde dentro y desde afuera del sistema, desde múltiples foros, formatos y soportes. No cabe duda que la tarea se presenta difícil, se trata de un desafío ideológico importante con fuerzas de peso significativo en su contra. El periódico digital *Público*, recientemente publicaba un artículo titulado “El capitalismo es cada día más incompatible con la democracia”, donde dos economistas reflexionaban sobre la relación economía-educación: “En estos momentos el 1% más rico de los Estados Unidos se queda con el 75% de los ingresos. Eso da un poder tan ingente que permite disponer de medios de comunicación, de escuelas, de universidades, de intelectuales, de tertulianos, de medios de todo tipo para difundir la doctrina neoliberal. Ese bombardeo ideológico dificulta mucho la capacidad de respuesta de la ciudadanía y la difusión de discursos alternativos”.<sup>11</sup> Por su parte, la tradicional izquierda liberal europea parece nostálgica de otras épocas. Uno de sus representantes, el cineasta británico Ken Loach, en una entrevista reciente, acusa que hemos llegado a la época de la criminalización del activismo, y en ello ha tenido que ver el hecho de que la izquierda se ha diluido en el poder. Figuras como la de Ken Loach (que también ha dedicado parte de su filmografía a Latinoamérica, *Carla's Song* (1996) y la diáspora, *Bread and Roses* (2000)), se sienten desubicadas; tras retratar sistemáticamente en sus producciones durante décadas las vidas de

---

las minorías, la clase trabajadora y los marginados sociales, se encuentran en estos momentos con la evidencia de que las minorías son numéricamente las mayorías sociales indiscutibles.<sup>12</sup>

Ciertamente la era de conservadurismo y corporativismo académico que describíamos no son propicios para el diálogo crítico y es incluso posible que el Latinoamericanismo como área de estudio sufra en estos momentos, quizás más que otros campos, de una excesiva vigilancia institucional, fruto quizás de un evidente temor a los números, a las estadísticas, a la fuerza de un poder que amenaza las barreras del establishment de la sociedad norteamericana misma. Pero no cabe duda que la peor de las estrategias posibles es la del victimismo crítico, y la del negativismo. Es necesario continuar pensando con agudeza sobre los variados escenarios post (o anti) neoliberalismo en la presente coyuntura. Los escenarios ideológicos son ricos y diversos; habrá que comenzar por contribuir a un archivo común del pensamiento crítico.

---

\* Benita Sampedro Vizcaya vive en New York y ha escrito sobre colonialismo, archivos, fronteras y ruinas. Sarah Kendzior, "The closing of American academia. The plight of adjunct professors highlights the end of higher education as a means to prosperity", 20 de agosto de 2012: [http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2012/08/2012820102749246453.html?fb\\_action\\_ids=433312040040177&fb\\_action\\_types=og.recommends&fb\\_source=aggregation&fb\\_aggregation\\_id=246965925417366](http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2012/08/2012820102749246453.html?fb_action_ids=433312040040177&fb_action_types=og.recommends&fb_source=aggregation&fb_aggregation_id=246965925417366)

2 Según Sarah Kendzior: "According to the explanation on the American Anthropological Association [website](#), we live in a time when "the meaning and location of differences, both intellectually and morally, have been rearranged"

3 Ver estadísticas en la página: <http://www.adjunctproject.com/>

4 Para algunos, el sistema prevalente de Universidad pública, que ahora se resquebraja, data de la era de los visionarios del *new deal*, que lo concibieron como una de las múltiples formas de recuperación de la crisis. Según Aaron Bady, "Our public university system—which similarly crumbles—dates back to that era as well, to the energies which were released by the new deal, and by the progressive desires and ambitions that a post-war boom might have fueled but which it did not create": <http://thenewinquiry.com/blogs/zunguzungu/a-moment-of-dreaming-about-higher-education/>

5 <http://junctrebellion.wordpress.com/>

6 <http://www.bls.gov/ooh/Education-Training-and-Library/Postsecondary-teachers.htm>

7 Según la publicación *The Chronicle of Higher Education*, los salarios de los presidentes de universidad, que van desde los \$1.9 millones (E. Gordon Gee de la Ohio State, en 2011) a los \$4.9 millones (Constantine Papadakis de la Drexel University, en 2009), son sólo una parte de su compensación total. Los administradores de este rango recibirían además en muchos casos casa, coche, chofer, fondos discrecionales, membresía para varios clubs, y otros beneficios fiscales: <http://chronicle.com/article/Executive-Compensation/129979/>

8 Michael Holquist, "Traffic in the Humanities", *Profession* 2008: 7-10.

9 <http://www.fronterad.com/?q=node%2F5697>

10 LASA responde a las siglas de la organización: Latin American Studies Association.

11 Entrevista de Jorge Otero a Vincenç Navarro y Juan Torres, 21 de octubre de 2012: <http://www.publico.es/dinero/444079/el-capitalismo-es-cada-dia-mas-incompatible-con-la-democracia>

12 Entrevista de David Bollero a Ken Loach, 21 de octubre de 2012: <http://www.publico.es/culturas/444171/la-izquierda-real-en-la-politica-se-ha-esfumado>